

Bello serafín;
Y para si acaso
Se olvida de mí,
«A mi bella ingrata
»Mi mal le decid.»
Decidla que quedo
Cerca de morir,
Y de mi muy lejos
Después que la vi;
Y aunque se resista
Y no quiera oír,
«A mi bella ingrata
»Mi mal le decid.»
Hallaréisla en medio
De su verde abril,
Espanciendo rosas,
Clavel y jazmín;
Y aunque os espantase
El hallarla así,
«A mi bella ingrata
»Mi mal le decid.»

(Romancero general.)

1807.

(Anónimo.)

Como estoy alegre,
Tristezas temo,
«Porque vienen mil penas
»Tras un contento.»
El sol de mis ojos
Se muestra sereno,
Mis pasos alumbra
Con sus rayos bellos;
Mas no hay sol sin sombra,
Ni bienes sin miedo,
«Porque vienen mil penas
»Tras un contento.»
De la que me mata,
El helado pecho
Se muestra piadoso
Para mi remedio;
Mas como es mujer,
Su firmeza temo,
«Porque vienen mil penas
»Tras un contento.»
El amor procura
Quitar mis recelos,
Y luego el amor
Da voces diciendo
Que no hay fe segura
Ni hay amor sin celos,
«Porque vienen mil penas
»Tras un contento.»

(Romancero general.)

1808.

(Anónimo.)

Galeritas de España,
Parad los remos
«Para que descanse
»Mi amado preso.»
Galeritas nuevas
Qu'en el mar soberbio
Levantais las olas
De mi pensamiento;
Pues el viento sopla,
Navegad sin remos,
«Para que descanse
»Mi amado preso.»
En el agua fría
Encendeis mi fuego;
Que un fuego amoroso
Arde entre los hielos:
Quebrantad las olas
Y volad con viento,

«Para que descanse
»Mi amado preso.»
Plegue á Dios que déis
En peñascos recios,
Defendiendo el paso
De un lugar estrecho,
Y qu'estéis paradas
Sin temor d'encuentros,
«Para que descanse
»Mi amado preso.»
Plegue á Dios que os manden
Pasar el invierno
Ocupando el paso
De un lugar estrecho,
Y que quebrantadas
Os volvais al puerto,
«Para que descanse
»Mi amado preso.»

(Romancero general.)

1809.

(Anónimo.)

Madre, la mi madre,
El amor esquivo
Me ofende y agrada,
Me deja y le sigo.
Viera yo unos ojos
Del cielo milagro,
Del suelo peligro:
Lo que cuentan, madre,
De los basiliscos,
Por mi alma pasa
La vez que los miro.
«Rogásele, madre,
»Rogásele al niño,
»Que no tire mas,
»Que matan sus tiros.»
Vime en tierra extraña,
Ay bienes perdidos!
Templado mi pecho,
Cabal mi juicio;
Ahora una nube
Abrásame vivo.
Locura es mi intento;
Consejo no admito:
Mi rebelde cuello
Humilde le inclino
Al yugo y al arco
Del rapaz maldito.
«Rogásele, madre,
»Rogásele al niño,
»Que no tire mas,
»Que matan sus tiros.»

(Romancero general.)

1810.

(Anónimo.)

Una niña hermosa,
Qu'entre varias gentes
Escogí por reina
De todos mis bienes,
Prometí de darne
Mil favores siempre:
Entregóme algunos
Para entretenerme;
Dile en cambio el alma,
Qu'el alma me debe:
Pido que me pague,
Y ella se adormece.
«La niña se duerme;
»¿Si lo hace adrede?»
Tiene tantas guardas,
Que encanto parece,
Y me la gobierna

(Romancero general.)

Una fiera sierpe;
Una madre ingrata
Que á injustos desdenes
La tiene enseñada,
Como no lo siente:
Velo en mi cuidado
Por ver si me quiere:
Dame un *si* dormido.
Ay Dios, si me miento
«La niña se duerme;
»¿Si lo hace adrede?»
No sabe de almas,
Pues ella no vence
Las dificultades,
Los inconvenientes.
Con mostrar deseos
Pasiones la vencen,
Y la voluntad
Obras le parecen,
Y mil circunstancias
Con que me alimento;
Y pues no las oye,
No quiere ó no entiende
«La niña que duerme;
»¿Si lo hace adrede?»
Póngome á culparla;
Mas tanto me duele,
Qu'en mi la disculpo
Porque no se queje.
Dormido el remedio,
Despierta mi muerte;
Paso en confusion
El tiempo presente.
Si finjo esperanzas
Que algo me sustenten,
En mi pecho nacen
Y en mi pecho mueren.
«La niña se duerme;
»¿Si lo hace adrede?»

(Romancero general.)

1811.

(Anónimo.)

Fertiliza tu vega,
Dichoso Tórmes,
«Porque viene mi niña
»Cogiendo flores.»
De la fértil vega
Y el estéril bosque
Los vecinos campos
Maticen y broten
Lirios y claveles
De varios colores,
«Porque viene mi niña
»Cogiendo flores.»
Vierta perlas ella
Desde sus balcones,
Que prados amenos
Maticen y borden,
Y el sol envidioso
Pare el rubio coche;
«Porque viene mi niña
»Cogiendo flores.»
El céfiro blando
Sus yerbas retoce,
Y en las frescas ramas
Claros ruiseñores
Saluden el día
Con sus dulces voces;
«Porque viene mi niña
»Cogiendo flores.»

(Romancero general.)

1812.

(Anónimo.)

Un pastor, soldado,
Las armas tomó,
Dejando sus cabras
Junto á Badajoz,
Y á la su morena,
Que triste quedó,
Así la hablaba
Su imaginacion:
«No me olvidés, niña;
»No me olvidés, no.»
Amanece el día,
Resplandece el sol;
Vivo yo en tinieblas
De oscura region;
Que cuando en el alma
Mueve el resplandor
De la luz del gusto,
Su noche llegó.
«No me olvidés, niña;
»No me olvidés, no.»
Andará en la villa
Una mala voz
D'esta mi mudanza
Por quien la causó:
Maldicientes míos
Juraán que soy
Fácil y mudable,
Con poca razon:
«No me olvidés, niña;
»No me olvidés, no.»
De un castillo fuerte,
Que bien lo sé yo,
Ila de combatirte:
Maldigate Dios!
Defiéndete, amiga,
Dile que pasó
Tu dicha volando
Como la ocasion.
«No me olvidés, niña;
»No me olvidés, no.»
Con esto tocaron
A la embarcacion:
Sus armas apresta,
Y á la mar miró:
De velas y flechas
Cubierta la vió;
Y en la atarazana
Repitó el pastor:
«No me olvidés, niña;
»No me olvidés, no.»

(Romancero general.)

1813.

(Anónimo.)

Mal hayan mis carnes,
Morena de perlas,
Si no diera un dedo
Por veros las vuestras;
Que no soy de aquellos
Que de ver se elevan
Una blanca mano
De cuajada fresca:
El carbon me abrasa,
La nieve me hiela,
Lo blanco deslumbra,
Lo moreno alegra.
De cabellos de oro
Dicen los poetas
Que vencen al sol
Y que al oro afrentan;
Que ni el sol los tiene,
Ni se ha visto tienda
Donde los cabellos
Corran por moneda;

Que si fueran de oro,
La vez que los peinan,
No dieran las sobras
Para hacer muñecas.
Oh trigueño rostro!
Oh manos trigueñas!
Oh gallardo brio!
Oh hermosa morena!
¿Quién no espera fruto
De tan buena tierra?
Bien haya el dichoso
Que la riega y siembra!
Que como es cada año
Aquesta cosecha,
Quiere su calor
Un mayo que llueva.
Humo de mi fuego!
Tinta de mi letra!
Luto de mi alma!
Noche de mi pena!
Si aquello que falta
Eso se desea,
Tenedme por blanco
Y sed vos mi negra.
Tal sea mi ventura,
Aunque me anochezca
En medio del día
Tan buena tiniebla;
Que como en el sol
La noche me cerca,
Qu'estoy en las Indias
Se me representa.
Decid, bellos ojos,
A cuantos me vean:
—Aquel es el blanco
De mi ceja negra.—
Hagamos las almas,
A los cuerpos sean
Tablas de ajedrez
De tan rica mezcla:
Pase á vuestra casa
Una blanca pieza,
Y un peon que corra
Infinitas leguas;
Y á mi casa blanca
Pasará la vuestra;
Qu'era dama libre
Y es agora presa.
Si es verdad que dicen
Qu'el deseo fuerza,
Suerte he dado en blanco,
Pues que sois ajena.

(Romancero general.)

1814.

(Anónimo.)

Niña de quince años,
Que cautiva y prende,
«¿Qué hará, Dios mio,
»Cuando tenga veinte?»
Miréla, cuitado,
Desde un balconete;
Dejóme cautivo,
Y ella libre fué:
Libertades quita,
Y aficiones mueve,
Y á todos enlaza
Si el cabello tiende.
Y á una vuelta de ojos
Que al descuido vuelve,
Mil pechos abrasa,
Mil almas enciende.
Si ella va por agua,
Yo voy á la fuente;
Y si está lavando,
Estoy donde tuerce;
Si enjuga sus paños,

Mas los humedecen
Las lágrimas tristes
Que mis ojos vierten;
Y si en tierna infancia
Tanta gracia tiene,
«¿Qué hará, Dios mio,
»Cuando tenga veinte?»
Tambien voy al horno
El día que cuece,
No á pedille bollos
Con anís y aceite;
Si á ver su belleza,
Que al cielo suspende,
Y el rostro afeitado
Sin ningún afeitado;
La madeja de oro,
Qu'en biñida frente
De su luz le priva
Al sol que amanece.
Tales son las cosas,
Que otras no merecen
Servir á Cupido;
Vos dáis, con que fleche
Ojos medio zarcos,
De vista tan fuerte,
Que sin duda alguna
Los del lince vencen;
Nariz afilada,
De color de nieve;
Compuestas mejillas
De sangre y de leche;
Pequeñuela boca,
Menudicos dientes,
Y los dulces labios,
Que al coral exceden;
Delante del cuello,
Casi trasparente,
El blanco marfil
Su blancura pierde.
Pecho alabastrino,
Que para que acierte,
Es adonde mi alma
Escogió su albergue.
Vi ayer de mañana,
Allá en las Mercedes,
Mil cosas sobre ella
De hombres y mujeres.
Dije suspirando,
Porque ella me oyese:
«¿Qué hará, Dios mio,
»Cuando tenga veinte?»

(Romancero general.)

1815.

(Anónimo.)

«¿Bien haya la paz!
»Mal haya la guerra!»
Que aquella da gustos
Y esotra los quema.
Gozaba yo triste
Una dulce prenda,
Que pudiera serlo
De la reina Elena.
Su vida y su alma
Mis dos ojos eran;
Mi alma y mi vida
Sola su presencia:
Estos mis cabellos,
Qu'el viento los lleva,
Ya se vieron hechos
Por sus manos trenzas.
Acuérdomé bien,
Muy bien se me acuerda.
«¿Bien haya la paz!
»Mal haya la guerra!»
De verle venir
Cuando yo iba fuera,

Cubierto de flores
Y de frutas nuevas;
Adornaba luego
Mi rubia madeja
Guirnalda olorosa
Por sus manos puesta;
Alegre y ufana
Quedaba yo hecha
Con fruta y con flores
Otra primavera.
Esta era mi vida,
De pesar ajena.
«¡ Bien haya la paz!
» ¡ Mal haya la guerra!
Vinieron los moros,
Y para defensa
Quitaron la gente
En toda la tierra;
Y porque mi cuyo
Tenía gran fuerza,
Todo el regimiento
Le dió la bandera.
Fué con los soldados
A estar en frontera;
Y soylo yo agora
De cuatro mil penas.
«¡ Bien haya la paz!
» ¡ Mal haya la guerra!
En tal ocasion,
Si fuera condesa,
Diera cien soldados
Porque me le dieran;
Pues cuando las otras
Sus contentos suñan,
Yo sueño ¡ cuitada!
Armas y peleas.
Ellas van alegres
A bailar la fiesta,
Quédome yo triste
A llorar ausencias.
«¡ Bien haya la paz!
» ¡ Mal haya la guerra!
A la procesion
Fué ayer Madalena
Con su saya verde
Y collar de perlas.
Pondrémele yo
De lágrimas tiernas;
«¡ Bien haya la paz!
» ¡ Mal haya la guerra!
Ya no puedo ver
Saya dominguera,
Ni puños labrados,
Ni gorguera buena:
La cofia me ofende,
Los zarcillos pesan,
Los corales matan,
Cansa la patena:
Quien tiene contento
Mire no le pierda,
Que no estima el bien
Quien el mal no prueba.
Por su Pedro Juana
Cantaba estas quejas:
«¡ Bien haya la paz!
» ¡ Mal haya la guerra!
Llorando memorias
De tristezas llenas.

(Romancero general.)

1816.

(Anónimo.)

Del tiempo infinito
Donde siempre viven
La imagen anciana
Contempla Riselo,
Y aquesto le canta:
—Oye mis desdichas,

Inventor de usanzas,
Que lo crias todo
Y todo lo acabas:
De tus alas libres
Pinceles se sacan
Para el desengaño,
Que es pintor de faltas;
Tu guadaña afilas
Entre las pizarras
De nuestros descuidos
Y de tus mudanzas;
Y luego con ellas
Tan sin duelo talas
Arboles humildes
Como altivas palmas.
Fugitivas sombras
De priesa señalan
Las noches que olvidas,
Los días que gastas;
A la muerte entregas
Las desdichas largas,
Cuando el curso tuyo
No pudo estorbarlas;
Por los males nuestros
Vagoroso pasas,
Por el bien apénas
El aire te alcanza;
Del Indo remoto
Margaritas caras
Ceñirán tus sienas,
Lucirán tus alas;
Los metales ricos
Te dieran medallas,
Los pobres comunes
Eternas estatuas;
En tus aras vieras
Las jamas halladas
Preñeces ocultas
Y partos de Arabia;
El colmado cuerno
De sus abundancias,
Favor de la tierra,
Tesoro del agua,
Venerablemente
Amaltea sacra
Por mi le vertiera
En tus nobles canas,
Con tal que tu industria
Le diese á mi alma
Soltura en mi pecho,
Prision en quien ama.
Para el pensamiento
No te pido nada,
Que yo le castigo
Si no me regala.
No será posible,
Tiempo, que me valgas?
Duros son mis hierros
Mas que tu guadaña!
Si la vida sobra,
Si la muerte falta,
Si penas consuelan,
Si consuelos cansan,
Que me otorgues quiero
Tus horas menguadas,
Y que de mi vida
Volando te vayas.

(Romancero general.)

1817.

(Anónimo.)

Idolo del gusto
Donde siempre viven
De mis esperanzas
Las memorias tristes
Entre la esperanza
Y rigor terrible

De sus sinrazones,
Monstruos insufribles:
¡ Oh cuán mal me pagas
Propósitos firmes,
Prontas voluntades,
Designios humildes!
Muda de opinion,
Y el rigor corrige,
Que deberá alma,
Quien alma recibe.
Dite un corazon
Despejado y libre,
Y una voluntad
Franca, estable y firme:
Quien esto te da,
¿ Qué hay mas que pedirle,
Sino tu recibo,
Con que me eternices?
Ingrata Lisbella,
Pues ya lo admitiste,
No dejes al viento
Prendas tan sublimes,
No hay do quiera un alma
Que cual esta aspire
A inmensas firmezas,
Aunque mil te estimen.
No con tus desdenes,
Lisbella, me obligues
A dejar mis hatos,
Mi choza y mastines;
Que si á mi humildad
Tu rigor embiste,
Bien cabrá disculpa
Do agravios oprimen:
Iré peregrino,
Pues tú lo quisiste;
Pero no sin tí,
Que será imposible.
De soto en ribera
Determino deirme,
Hasta donde pierda
Nombre y sér el Tibre:
Allí pararé,
Si ántes no lo impiden
Las venganzas tuyas,
Que siempre me siguen.
Estarás contenta,
Y será posible
Que el fin de Galcerio
Te mueva y lastime;
Pero si le tienen,
Llamaré mis fines
Venturosos y altos,
Por serlo su origen.
Doleránte al fin,
Pues de mí tuviste
Memoria algun día,
Si es bien se imaginen,
Fines de sirena,
Principios de Circe.
¿ Por qué á mis fatigas
La oreja escondiste?
Sin duda yo entiendo
Que te es apacible
Mi duro lamento
Y quejas horribles.
Triunfa, cruel ingrata,
Pues no lo resisten
Las firmezas mías,
Que aun muriendo viven.

(Romancero general.)

1818.

(Anónimo.)

Caudaloso río,
Trasparentes aguas,
Dulces cuanto hermosas,

Como hermosas claras:
Tú que á la ribera
De las sierras altas
Por valles umbrosos
Murmurando bajas,
Cuyos montes visten
Flores y retamas,
Rústicas encinas,
Pinos y pizarras;
Tú, que á trechos riegas
De frondosas aguas
Las corvas raíces
Y escabrosas zarzas;
Arboles amenos,
Que en la vega llana
Cercais los jardines
De mi patria amada;
Pues te fertilizas
Con riquezas varias
De fértil cosecha
Abundante y larga
De humanos sustentos
Que en la tierra y plantas,
Con su gracia el cielo
Infunde de gracia;
Y á tus prados verdes
El abril esmalta
De varios matices
Con mil flores varias,
En quien Amaltea
Ambrosia y nácar
Del copioso cuerno
Vierte en abundancia:
Tú, que siempre vives
Con alegre cara,
Sin temer de ausencia
Ni de amor las ansias;
Pues eres retrato
Del tiempo y mudanzas,
A quien en correr
Imitan tus aguas,
Por cuyos efectos
La suerte contraria
De mi Glauca bella
Agora me aparta;
Pues ya mi partida
Está tan cercana,
Y vas donde vive,
Dirásle á mi Glauca
Que el no despedirme
No entienda que es falta
De amor, sino duelo
Que el partir me causa:
Pues quien al partir
Partida le llama,
De amor los secretos
No sabe ni alcanza;
Porque es un dolor
Que nace del alma,
Tormento insufrible,
Repentina rabia,
Verdugo cruel
De la vida humana,
Proceloso fuego,
Muerte acelerada.
No puedo excusallo,
Que es fuerza que parta;
Que una obligacion
Forzosa me llama:
Amor me detiene,
Temor me acobarda,
Honor y vergüenza
Me dicen que vaya;
Rehusa el deseo.
Mas no es de importancia;
Que honrados respetos
Tienen fuerza extraña;
Y así cual enfermo
Que trabajos pasa

Cerrados los ojos
La bebida aguarda,
Por no reventar
Me voy sin hablalla;
Que no viendo el mal,
Menor dolor causa;
Porque si mis ojos
Llegan á miralla,
Moriré primero
Que de ella me parta;
Y pues las que digo
Son verdades claras,
Ante su presencia
Por disculpa valgan.
Si no las admite,
Y acaso me llama
Ingrato Vireno
O tigre de Hircania,
Eneás engañoso,
Fractor de palabra,
O que soy tirano,
Dile que se engaña,
Que mi fe á la suya
Le ha sido tan grata,
Cual la hiedra al olmo
Y la tierra al agua,
Humilde á sus ruegos,
Cera á sus palabras,
Y á su amor mas firme
Que estas rocas altas;
Pero adonde hay fuerza
No hay razon que valga,
Ni justo derecho
Do justicia falta.
Dile que si vivo,
Que no habrá mudanzas
Del tiempo que puedan
Quitarme el gozalla;
Que ni ellas podrán,
Ni esta ausencia larga,
Borrar de mi pecho
Su divina estampa.
¡ Adios, gloria mía,
Adios, dulce patria,
Memoria en quien vive
Siempre mi esperanza!
Tendréla de verte,
Si el cielo me guarda;
Que todas las cosas
Con vida se alcanzan;
Y si acaso fuere
Mi desgracia tanta,
Que por esta ausencia
Me niegas tu gracia,
Al cielo piadoso
Ofrezco mis ansias
Para que la mire
Con piadosa cara,
A fin que no seas
Mujer injuriada,
Que darás mil vidas
Por una venganza;
Porque esto podría
Causar mi desgracia
Cierta, porque vivo
Fuera de tus gracias;
Que á los desdichados
La fortuna paga
Con corta ventura
Y vida sobrada.
Pues, aguas piadosas,
Doléos de mis ansias,
Y tú, mi corriente,
En llegando pára:
Ruégote le digas
Que no me sea ingrata,
Pues para no serlo
Lo que he dicho basta,
Y si no bastare,

Mayor honra gana
Quien hace mercedes
Do méritos faltan;
Que en un noble pecho
La humildad alcanza
Lo que negar suele
Soberbia villana,
Pues no se consigue
Honor, ni se ganan
Con pechos rendidos
Gloriosas hazañas.
Villano es el pecho
Que tiene arrogancia
Con un cuerpo humilde
Que vive sin alma;
Pues tal será el mio
Si acaso le falta
La gracia que un tiempo
Su gracia le daba.
Así se despide
Del claro Jarama
Un pastor que al Cétis
Le mandan que parta.

(Romancero general.)

1819.

(Anónimo.)

Sol resplandeciente,
Que con luz dorada
Doras y matizas
Mi querida patria:
Tú que de jazmines
Y de perlas sacas
El rubio cabello
Y la frente ornada,
Y el lecho oriental
De la esposa amada
Dejas viudo y solo
Lleno de esmeraldas;
Pues ahora sales,
Y dejas sus faldas,
Del precioso aljófar
Que llora, bordadas,
Y el concierto dulce
De los que bien aman
Alegre lo miras
Y triste lo apartas;
Las torres soberbias,
Que ya fueron guardas
De amorosos hurtos,
Victoriosos asaltos,
Y el lecho que tiene
Dos cuerpos y una alma
Que tiempo los junta,
Y amor los enlaza;
Tú rompes sus treguas
Y escalas la casa;
Cuando las dos bocas
Se beben las aguas,
Alegres al mundo,
Y las aves cantan
De tu luz divina
Gloriosa alabanza;
Los montes de hielo,
Que al cielo se ensalzan
En cristales puros,
Te rinden sus parias,
Y con rayos de oro
De las sierras altas
Desnudas de nieve
Porque vean tu cara:
Al pié de una de ellas
Vive una serrana
Mas helada que ellas,
Y mas que ellas alta.
En su blanco pecho
Hay como en montaña

Mármoles cubiertos
De la nieve blanca;
Cuidados produce,
Libertades mata,
Atropella glorias,
Y huella esperanzas;
De verde vestida,
De belleza armada,
Persigue las fieras
Y prende las almas.
Así goces, sol,
Del oro y la plata
Que en las venas erías
De la rica Arabia,
Y el copioso censo
Que la mar te paga
De varias riquezas
En sus conchas varias:
Que si vieres hoy
A mi amada ingrata,
Tus rayos ardientes
Su hielo deshagan.
Pero no podrá
Tu fuego ablandarla,
Porque con su fuerza
Es la tuya flaca,
Pues no han sido parte
Para deshacerla
De mi ardiente pecho
Las ardientes llamas,
Que es cual pedernal
De do fuego sacan,
Que se queda piedra
Cual antes estaba;
Mas dile, si puedes
Mirarla á la cara,
Que muero contento,
Pues ella es la causa.

(Romancero general.)

1820.

(Anónimo.)

Venturoso el día,
El año y la era,
En que, Silvia, el cielo
Te prestó á la tierra.
Tú sola pudiste
Romper las cadenas
Por el gran tirano
A mi cuello puestas.
Sanó mis heridas
Tu mano maestra,
Tu luz poderosa
Venció mis tinieblas.
¡Oh bien de mis males!
¡Oh paz de mis guerras!
¡Puerta de mis glorias!
¡Puerto de mis penas!
Si, como solían,
Mi frente no cercan
Las nieblas de horror
¡Confusas y ciegas,
Y por mis mejillas
Ya no se despeñan
Las lágrimas vivas
En mi sangre envueltas;
Si al salir del alma
Ya no se atropellan
Mis tristes suspiros
Y mis blandas quejas;
Si la soledad
Tras si no me lleva;
Si para lamentos
Es muda mi lengua;
Si canto, si río,
Si ejercicio á prueba
Agora el ingenio,

Agora las fuerzas;
Si mi libre mano
De nuevo se precia
De regir á veces
La pluma ó la rienda;
Si ya me son dulces
Las armas, las letras,
Los juegos, las plazas,
Las galas, las fiestas,
Tú has sido la causa:
¡Oh Silvia! á tu cuenta
Están estos dones,
Y á la mia estas deudas.
Lo que el desengaño
Que á tantos remedia;
Lo que no pudieron
El tiempo y la ausencia,
Consejos de sabios,
Virtudes de yerbas,
Acentos de magas,
Devotas ofrendas,
Tú sola pudiste,
Y es bien que lo puedas.
¡Oh casta y no altiva!
¡Oh hermosa y no fea!
No mas cárcel dura,
No mas fruta ajena,
No mas pretensiones
Que tan caro cuestan;
No mas devaneos,
No mas competencias,
No mas esperanzas
Que así desesperan:
A tí, Silvia hermosa,
A tí, Silvia bella,
Consagro de vida
Esto que me queda.
Gastaré las noches
Ociosas y quietas
En solo el descanso
Para que son hechas;
Sabré á lo que saben
Esperanzas ciertas,
Honestos abrazos,
Ternuras honestas;
Gastaré los días
A la sombra amena
Del Parnaso ó Pindo,
Discantando miétras.
De las nueve diosas
Tú, no menor que ellas,
Los divinos coros
Riges y gobiernas,
O el árbol de Apolo
Con mil flores mezcladas,
Tejiendo guirnaldas
Para mi cabeza.
Al son de mi lira
Diré nuevas letras,
Nuevos desengaños,
Artes de amor nuevas;
Diré tus victorias,
Diré tus empresas,
A tus piés rendida
De Páfos la reina;
Y si el canto-mío
Tiene alguna fuerza,
A pesar del tiempo
Que todo lo asuela,
De siglos en siglos,
De lenguas en lenguas,
Volará tu fama
Con alas eternas,
En cuanto las aves
Los aires pasean,
Los peces las aguas,
Los montes las fieras;
En cuanto los cielos
Dén vuelta á sus ruedas;

En cuanto repartan
Su luz las estrellas,
Tu honor, tus loores,
Que agora comienzan,
Serán de altas rimas
Copiosa materia.

(Flor de romances, 4.^a y 5.^a parte. —
II. Romancero general.)

1821.

(Anónimo.)

Vida de mi vida,
Gloria de mi alma,
Viva en la memoria
Muerta en la esperanza;
Retrato divino
Del cielo morada,
Desprecio y afrenta
De la edad pasada;
Ángel de mi vida,
Que de glorias tantas
Tu nombre enriqueces,
Y ensalzas tu fama;
Imágen gloriosa,
En quien se adelantan
Sobre todo el mundo
Discrecion y gracia:
Trátame cual tuyo,
O mi vida acaba;
Corta mis deseos,
O mengua tu gracia:
Hechura soy tuya,
Y tú sola bastas
A que sea un pecho
Cual de cera blanda.
Haz en mi fortuna,
Con mostrar tu cara,
Serenar las olas
De mi suerte amarga.
De mi vida se cansa;
Si me faltan ellos,
Moriré sin falta.
No apartes, señor,
Esas luces santas,
O junto con ellas
Mi vivir aparta.
Viva yo, si vivo
En fe que me amas;
Muera, si muere
Porque me maltratas.
¿Qué agravios te hice
Que de mí te enfadas?
¿Qué descuidos tuve
Que á mudarte bastan?
¿No era yo tu prenda
En un tiempo amada?
¿Quién mudó tu gusto
Que de mí te agravias?
De mirar no precias
A quien despreciara
Por mirar tus ojos
La vida y el alma.
Si por ser tan tuyo
Tienes confianza
Que aunque me maltrates
Serviré en tu casa;
Bien segura puedes
Mostrar tu desgracia,
Sin temor que buya
De rigor ni saña.
Esclavo soy tuyo,
Tengo á la garganta
Tu argolla y cadena,
Que prenden en la alma:
Ni romperla puedo,
Ni el tiempo la gasta:

Si matarme quieres,
Un esclavo matas.

(Romancero general.—II. Primavera y
flor de romances.)

1822.

(Anónimo.)

Junto á esta laguna,
Cuyo seno grande
Aguas diferentes
Recibe y reparte:
Aquí do las fuentes
Mezclan sus cristales,
Después que del monte
Despeñadas caen;
Aquí mi querido,
Testigo este sauce,
A mi cautiverio
Dió sus libertades;
Mas como Juanilla
Perdido le trae,
Huye de mis ojos
Por extrañas partes.
Si respetos justos
No fueren bastantes
Para divertirme,
Habré de buscarle:
Cortaré los montes,
Cercaré los valles:
Quien desea, ruegue,
Quien busca, no pare.
Con esto la niña
De la vega vase,
Y á sus pensamientos
Cantó quejas tales:

Letrilla del romancillo.

Por el montecillo sola,
«¿Cómo iré?
«¡Ay Dios! ¿si me perderé?»
Soledad me guía,
Llévanme desdenes
Tras perdidos bienes
Que gozar solía:
Con tal compañía
«¿Cómo iré?
«¡Ay Dios! ¿si me perderé?»
Deslúbrame antojos,
Y apenas diviso
La tierra que piso,
Que es mar de mis ojos:
Buscando despojos,
«De mí fe:
«¡Ay Dios! ¿si me perderé?»
Hallaré contento
Al que busco triste,
Veré que resiste
A mi amor su intento:
Ciego es pensamiento,
«Y sigolé:
«¡Ay Dios! ¿si me perderé?»
Serán los jarales
Mi amparo seguro,
Cualquier roble duro
Sentirá mis males:
Sola riesgos tales
«Pasaré:
«¡Ay Dios! ¿si me moriré?»

(Romancero general.)

1825.

(Anónimo.)

Tú, niña, no ves,
Que si ver pudieras
Vieras de mis gustos

La mayor tragedia.
Con razones lloras
La terrible ausencia,
Que el ciego vendado
Hace que yo vea.
Eclipsóse el día,
Cubrióse la tierra
Entre el sol del alba
Y mi luna llena.
Comenzó la noche,
Vimos las estrellas,
Luces encendidas
Para mis obsequias;
Mas tu dulce faz,
Que piedad dispensa,
En la fuerza suya,
Vence mi paciencia.
Si es el alba agora
Fria, helada y fresca,
Alba vendrá alegre
Con la primavera.
Vestiráse el campo
De esperanzas nuevas;
Los jardines secos
De olorosas yerbas;
Haráanse guirnaldas,
Gozaremos d'ellas,
Yo que tanto espero,
Y la que me espera.
Con esto, fortuna,
Despliega tus velas
Al viento que corre,
Pasarás lijera.
Muda presurosa
De la vega vase,
Que de potro sirve
Y los que atormentas;
Sacarame á salvo
De entre tigres fieras
El bajel de Amiclas
Como al otro César;
Cansarase Juno
De acosar á Eneas;
Pagarame Venus
La dorada prenda;
Y si al traste diere,
Antes que me pierda
Echaré á las aguas
Parte de obras muertas,
Porque se sustente
La memoria d'ellas,
Pues que ya las vivas
Nada me sustentan.

(Romancero general.)

1824.

(Anónimo.)

¡Ay niña morena!
¡Qué d'ellos te dicen
Que á Pedro el de Juana
Le dejes y olvides!
Maldicientes tuyos
Dicen que le escribes,
Y que te apasionas
De que á otras mire.
Miguela tu hermana
Se agravia y te riñe,
Que muere de amores,
Y amar no permite.
El tiempo es muy vario,
Hecho de imposibles:
Al reudido alaba
Que no le resiste,
Contra enamorados
El que antojos viste
Para ver montañas,
Verá como lince:

El que apenas habla,
De parlero sirve;
Traidores le venden,
De milagro vive;
La vieja se azota,
La moza le escribe;
Cuando amigos tercián
Amigas resisten;
Cumple á su esperanza
La fe que le diste
Con altos deseos
Y con pecho humilde.
Niña, si lo sabes,
Si lo sabes, dime,
¿De sospechas locas
Quién hay que se libre?
De fortuna varia
Varios son los fines:
Mañana engrandece
A quien hoy persigue.
Si niña pequeña
Te mostrares firme,
¿Ay qué de alabanzas
Te darán si vives!
Yo quise á lo grave;
Callaba, y perdime,
Que al gusto del alma
Gran traición le hice.
Dejome mi amado
Por locas noviles;
Que hay cobardes pechos
Que lo fácil siguen.
A mí me desdén
Porque á otras sirve;
Con ellas se goza,
No hay pensar que olvide.
Es aquel mi ingrato...
¿Quieres que le pinte?
De talle brioso,
Feo y apacible.
Muchos habrás visto
Mucho mas gentiles,
Mas tan agradable
A ninguno viste.
Si habla de lo bueno
En ceño ó melindre,
Dicen que es discreto,
Y la verdad dicen;
Disimula y ama;
Si favor recibe,
No se alaba de ello,
¿Qué mas bien le pides?
Yo supe que á Pedro
Tu alma le diste;
Haya lo que hubiere
Nunca se la quites,
Y los cielos hagan
Que tus años quince
Se cumplan á ciento,
Como ya te dije.

(Romancero general.)

1825.

(Anónimo.)

Blanca y bella niña
De los ojos bellos,
Huye los peligros
Del hijo de Venus;
Los oídos tapa
A sus mensajeros,
Como el áspid libio
Al sabio hechicero.
No digas, soy libre,
Resistille puedo;
Que muchas cautivas
Lo mesmo dijeron.
Eres delicada,

El, fuerte en extremo:
No están del seguros
Los muros del cielo.
Mira cómo siguen
Su triunfo soberbio
Salomones sabios,
Davides guerreros;
Y al que solo mata
Los mil filisteos,
Un rapaz desnudo
Le corta el cabello.
Ante el carro suyo,
En mil formas puestos,
Va el supremo Jove
Aherrojado y preso;
Dánle las coronas,
Vasallaje y sueldo,
Y sus leyes siguen
Los que las hicieron.
Ciérrale la vista,
Que ella es el comienzo
Por donde á las almas
Camina su fuego;
Que amor, como Ulises
A los Polifemos,
La luz de los ojos
Les ciega primero.
Son los gustos suyos,
Cuando los contemplo,
Engañosas aguas,
Dorado veneno;
Miranse sus daños,
Los ojos abiertos,
Sus dichas y glorias
Pasan entre sueños;
Vibora en el vientre
Son sus pensamientos,
Matan á la madre
Que los tuvo dentro;
Traen sus bienes alas,
Pártense lijeros,
Y sus males plomo,
Para estar de asiento.
Mil placeres suyos,
Dijo un sabio de ellos,
A montar no llegan
Un solo tormento:
¡Pues qué, si á tu alma
Martirizan celos!
Librete amor, niña,
De tan duro infierno.
Coge el Labrador
Del arado suelo
El fruto del grano
Que escondió en su seno;
Si recibe trigo,
Trigo da á su tiempo,
Y si flor, da flores
El campo risueño.
¡Mal haya semilla
Que da el fruto avieso,
Y mal haya fruto
De ella tan ajeno!
Acá sembrarás
Amor verdadero,
Cogerás olvido
De un ingrato pecho.
A la niña hermosa
Del rubio cabello
Una escarmentada
Le da este consejo;
Ella de ser libre
Le hizo juramento,
Y amor que la escucha
Se queda riendo.

(Romancero general.)

1826.

(Anónimo.)

Niña de mis ojos,
Que por gloria tienes
Crece mis cuidados
En tus años trece;
Traviesa mirabas
Al soldado alférez.
¡Mira que te engaña
Con sus plumas verdes!
Parécete bien,
El bien te parece;
Alegre le miras,
Y él te mira alegre.
¡Mal hayan colores
Que quitarte pueden
Las de la vergüenza
Que con ellas pierdes!
El es fuerte en armas,
Miráste mil veces,
Y cuando le mires
Y absorta te quedas,
Como eres tierna,
Mira no tropieces,
Y no te levantes
Hasta nueve meses.
Guarda que la caja
Y el pifaro suenen,
Pues ha de dejarte
Cuando no te pienses;
Y al fin no es posible,
Cuando no le dejes,
Que quien mata hombres
Regale mujeres.
Al menor enojo
Que sin culpa dieres,
Desnuda la daga,
Te dará mil muertes.
¿A dó quieres ir
Caminando siempre,
Y desconocida
Conociendo gente?
Dormirás en tierra,
Comerás á veces,
No estarás mañana
Donde agora duermes;
Daráte una lanza
Sobre que te acuestes,
Y cuando se canse
Te hará que la lleves.

(Romancero general.)

1827.

(Anónimo.)

Una zagaleja
A quien quiso el cielo
Dar gracia y donaire
En rostro y cabello;
A quien los jazmines
Y claveles dieron
Mas color prestado
Que les quedó á ellos;
A quien el amor
Le dió palma y cetro,
Por ser mas hermosa
Que la diosa Venus;
Vistióse de pascua
Día de año nuevo,
Porque cumple años
Y empieza tormentos.
De azul claro viste
Con ribetes negros,
Por dar claro indicio
De sus tristes celos;
Con cintas pajizas
Prende sus cabellos;

Patena y corales
Adornan su cuello.
Era la pastora
Gallarda de cuerpo,
Si en extremo hermosa,
Discreta en extremo.
Fué al baile bizarra,
Y al son del salterio
Bailó con Bartolo,
El gallo del pueblo.
Desque hubo bailado,
Que fué gloria verlo,
Diéronle entre todas
El mejor asiento.
Todas la bendicen,
Y la de Anton Crespo
Ruégale que cante,
Y cantó al pandero.

Cantarillo.

A la villa voy,
De la villa vengo;
«Que si no son amores,
»No sé qué me tengo.»
Si voy á poblado,
Vuelvo mas perdida,
El alma afligida
Y el cuerpo cansado:
Con este cuidado
El alma entretengo;
«Que si no son, etc.»
Todo mi contento
Fabrico en el aire,
Por hacer donaire
De un lijero viento:
Vuela el pensamiento
Donde voy y vengo;
«Que si no son amores
»No sé qué me tengo.»

(Romancero general.)

1828.

(Anónimo.)

Noble pastorcilla
De los ojos negros,
A quien amor hizo
De mis glorias dueño;
Como, mal pecado,
Hablarte no puedo,
De amor estoy sano,
Y de ausencia enfermo.
¡A fe que es gran mal!
Yo mucho lo temo,
Por ciertos refranes
Que dice un discreto.
Dice que la ausencia
Engendra recelos,
Y cuando ellos crecen
Mengua el sufrimiento;
Y par diez, pastora,
Por mi cuenta veo
Que en estas razones
Lo que dice es cierto:
Que á amor cuando niño
Le dieron el pecho
Palabras sabrosas,
Y así es tan parlero;
Y en llegando á grande,
Cuando fué creciendo,
Dicen que las obras
Su sustento fuéron.
Como entre nosotros
Falta todo esto,
Que no nos hablamos
Y apénas nos vemos,
En mi tanta ausencia
Engendra recelos,

1830.

(Anónimo.)

Riñó con Juanilla
Su hermana Miguela;
Palabras le dice
Que mucho le duelan:
—Ayer en mantillas
Andabas pequeña,
Hoy andas galana
Mas que otras doncellas.
Tu gozo es suspiros,
Tu cantar endechas;
Al alba madrugas,
Al gallo te acuestas;
Cuando estás labrando
No sé en qué te piensas,
Que al dechado miras,
Y los puntos verras.
Dicenme que haces
Amorosas señas:
¡Si madre lo sabe,
Habrá cosas buenas!
Clavará ventanas,
Cerrará las puertas;
Para que bailemos
No dará licencia.
Mandaré que tia
Nos lleve á la iglesia,
Porque no nos hablen
Las amigas nuestras.
Cuando fuera salga,
Dirále á la dueña
Que con nuestros ojos
Tenga mucha cuenta:
Que mire quien pasa;
Si miró á la reja,
Y á cuál de nosotras
Volvió la cabeza.
Por tus libertades
Seré yo sujeta;
Pagarémos justos
Lo que malos pecan.
—¡Ay, Miguela hermana,
Qué mal que sospechas!
Mis males presumen,
Mas no los aciertas.
A Pedro el de Juana
Que se fué á la sierra
Aficion le tuve,
Y escuché sus quejas;
Mas visto que es vario,
Mediante la ausencia,
De su fe fingida
Ya no se me acuerda:
Fingida la llamo.
Porque quien se ausenta,
Sin fuerza y con gusto,
No es bien que le quieran.
—Ruégale tú á Dios
Que Pedro no vuelva,
Respondió burlando
Su hermana Miguela;
Que el amor comprado
Con tan ricas prendas
No saldrá del alma
Sin salir con ella.
Creciendo tus años
Crecerán tus penas;
Y si no lo sabes,
Escucha esta letra:

Villancico.

«Si eres niña y has amor,
»¿Qué harás cuando mayor?»
Si al niño dios te ofreciste
Desde niña, con la edad
Le darás mas voluntad
De la que le prometiste.
Si pequeña te atreviste

Si acaso de hambre
Tu amor ya se ha muerto.

Hoy hace tres meses,
Si mal no me acuerdo,
Que ayuna mi amor;
Con todo, está recio,
Pues aunque no alcanza
Tus dulces requiebros
Desque nos apartan
Envidiosos pechos,
Porque no enflaquezca,
Tus cartas le leo,
Y así le sustentan
Tus prometimientos.
Tú haz otro tanto:
Descoge mis pliegos,
Lee sus renglones,
Pues son verdaderos:
Podrá ser, pastora,
Que te sirva el vellós
De hallarte obligada
A un leal acuerdo;
Que si me prometes
Un amor eterno,
Verás que en mis cartas
Lo mismo prometo;
Y pardiez podría
Mudar el pellejo,
Pero no mudarme
D'este amor primero.
No te mudes tú,
Que aunque envidia y celos
Ahora nos aparten,
Mudable es el tiempo;
Y será posible,
Pues vuelva, aunque viejo,
Que á sernos piadoso
Vuelva cual primero.
Mira bien, señora,
La fe que mantengo,
Y que el mal de ausencia
Siento como debo;
Pues ni en corros bailo,
Ni asisto á los juegos,
Y visto pellico
Enlutado y negro;
Pues son mis canciones
Suspiros de fuego,
Llanto mis palabras,
Endechas mis versos:
De este modo ausente
La vida sustento
Con tormentos vivos
Y placeres muertos.
Esta carta estaba
En el hondo hueco
De una antigua encima,
Que está en un repecho,
Junto adonde tiene
Belisa su apero;
Y que allí su mano
La escondió sospecho;
Y así aunque la carta
No firma su dueño,
Sin duda la escribe
Damon el cabrero.

(Romancero general.)

1829.

(Anónimo.)

¡Mal hayan mis ojos,
Madre, que los puse
En otros que abrasan
Negando su lumbre!
Fuérame yo, madre,
Al mercado un lunes;
¡Miento, marte era;

Mil azares tuve!
Compróme mi Pedro
Un dorado estuche;
Echéle mal grado
Cordones azules.
Sin mirar en ello,
Del mercado truje
Con hierros dorados
Celos que me apuren.
Topóme el hidalgo,
Aquel que le rugen
Mucho los gregüescos
Y tañe laudes.
Dijome: — Serrana,
Los rayos ilustres
De tus bellos ojos
Mil bienes descubren:
Permite, si mandas,
Que mi fe se apure
Con las esperanzas
Que en la tuya puse.—
Habló tan nublado,
Que aguardando estuve
Cuando me mojaran
Sus cargadas nubes.
Respondile á tiento:
— En otras procure
Emplear sus galas,
Y en mí no se ocupe.—
Asióme la mano;
Soltar no me pude,
Que me adormecieron
Sus palabras dulces.
Pedro, que nos via,
Maldades presume;
Que burlas en veras
Diz que no las sufre.
Llaméle yo triste,
Respondió: — No busques
Voluntad villana
Que la noble injurie:
De mis esperanzas
Ya llegó el octubre;
No quieras pastores,
Si atropellas duques.—
De mi vista, madre,
Con esto escabulle
El que en mis entrañas
Tan de asiento tuve.
¡Ay de mí, que muero!
Ay que me destruyen
Sospechas de agravios
Que nunca hacer supe!
¡Plega á Dios, cuidado,
Pues tan mal me luces,
Que porque te acabes
Viva me sepultes!
Y al hidalgo malo,
Pues por él me arguyen,
Que cautivo muera
En Argel ó en Túnez.
Madre, la mi madre,
No es justo que duren
Mis ansias, que tienen
Mortales vislumbres.
Busquen los mis ojos
Quien su llanto enjugue,
Sin que lloren tanto
Que mi vida enturbien.
¡Ay malvados hombres,
De ingratas costumbres.
El mejor de todos
Muera de arcabuces.

(Romancero general.)

En tenerle por señor,
«¿Qué harás cuando mayor?»
Como estás hecha á querer
Desde que sabes andar,
En faltando á quien amar
Te vernás á aborrecer.
Segun eso podrás ver,
«Si eres niña y has amor,
»Qué harás cuando mayor.»

(Romancero general.)

1831.

(Anónimo.)

Eran dos pastoras
Libres de afición:
Una blanca y rubia
Mas bella que el sol;
La otra morena,
De alegre color,
Con dos ojos claros,
Que dos soles son;
Y viéndose libres
Del tirano amor,
Hacen burla del
Entrambas á dos.
Dicen que no temen
Su furia y rigor,
Pues en mil encuentros
Nunca las venció;
Y viendo que en muchos
Les acometió,
Júzganlo por flaco
Y sin munición.
Cuenta la morena
Que en una ocasión
La tiró mil flechas,
Y nunca la hirió,
Y que viendo el niño
Que no aprovechó,
Sus lazos y redes
De secreto armó:
Ella con sus ojos
Todo lo abrasó,
Y el niño corrido
La empresa dejó.
Dice la que es blanca,
Que lo deslumbró,
Y que estando ciego
No tiene valor;
Y burlando del
Como así lo vio,
Quitándole el arco
Se lo desarmó.
La morena un día
Esto me contó,
Y yo agradecido
Consejos le doy;
Y aunque para dallos
Me falta valor,
Fiado en su gracia
Soltaré mi voz:
—Pastoras hermosas,
Pues el cielo os dió
Tantas gracias juntas,
Tened discreción:
No os fieis, pastoras,
En lo que os pasó,
Que contra el rapaz
No hay reparo, no.
Su sosiego incierto
Suele dar pasión,
Su quietud mil penas,
Su gusto dolor;
Estad sobre aviso,
Pues que yo os lo doy,
Que sobre el descuido
La calda es peor.

Tu blancura, hermana,
Busca con razon,
Y cuando no pienses
Verás su traicion;
De tus hebras de oro
Tejerá un cordon,
Llama, pensamientos,
Y con él al mundo
Lo pondrá en prision.
Tus ojos, morena,
De claro arrebol,
Guárdate no sean
Tu mismo dolor;
Que podrá en su centro
Meterse el traidor,
Y de allí encender
Fuego al corazon.
Si gozais sosiego,
No hagais dé'l baldon,
Porque si se enoja
Muda condicion.
Esto os aconsejo
Como servidor;
Dejad lo pasado,
Pues que ya voló:
Si mas deseais
Pedídselo á Dios,
Y acordáos de mi
Que os tengo afición.

(MADRIGAL, Segunda parte del Romancero general.)

1832.

(Anónimo.)

Elisa dichosa,
Haga larga el cielo
La corta madeja
De tus años tiernos;
Goza siglos largos
Ese rostro bello,
De la vista flecha
Y de amor tercero;
Crecan, niña hermosa,
De uno en otro extremo
Las trenzas doradas
Del virgen cabello.
Si á la iglesia fueres,
Compóngante versos
A quien rinda parias,
Y se humille el viento.
Cuando al baile fueres,
Al son del pandero
Tu donaire encienda
Libres pensamientos;
Tenga tu ganado
Próspero suceso:
La lana en verano,
La leche en invierno;
Aquel que bien quieres
Goce de tu lecho
Con blandos abrazos
Y amorosos besos;
Al son de los ramos
Esos ojos bellos
Reposen la siesta
Vencidos del sueño;
Cuando salga el alba,
De Apolo correo,
Encuentre tus soles,
Y tórnese dentro.
Tras todo, señora,
Vivas en el suelo
Mil siglos dichosos
A pesar del tiempo.
El cielo, la tierra,
Siglos, años tiernos,
Torrero, madeja,
Flechas, rostro bello,

Niñez, hermosura,
Amores extremos,
Las trenzas doradas,
La iglesia y el viento,
Baile, son, ganado,
Tejerá un cordon,
Llama, pensamientos,
La lana, la leche,
Verano é invierno,
Abrazos, amores,
Ramos, ojos, lecho,
Alba, siesta, soles,
Sueño, siglo y tiempo,
Todo me falte junto en este suelo,
Si tú, dichosa Elisa, no eres cielo.

(MADRIGAL, Segunda parte del Romancero general.)

1833.

(Anónimo.)

De Ibero sagrado
Las márgenes bellas
Daban con el alba
A la tierra perlas;
Bordaban los campos
Mil flores diversas
De rosas, jazmines,
Clavel y azucenas;
Tejian guirnaldas
Las niñas mas bellas,
Para coronarse
D'ellas las cabezas;
Cantaban las aves
Con arpadadas lenguas,
Dando claro indicio
De ser primavera:
Cuando á pasearse
Sale una morena,
Dejando envidiosas
La luna y estrellas.
Las corrientes mira
Y en ellas contempla
Que de Zaragoza
Las murallas cercan.
Era pues la niña
De tal gentileza,
Que en parangon suyo
Callara Lucrecia.
Ojos robadores,
En arco las cejas,
Morena y graciosa,
Graciosa y morena.
Sentóse causada
Par de la ribera,
Hurtando á la aurora
Su gracia y belleza;
Rompió con suspiros
Las nubes mas densas,
Hasta que, llorosa,
Cantó aquesta letra:

Cantar.

Tengo en tierra ajena
Mi bien cautivo:
«Plegue á Dios que la ausencia
»No cause olvido.»
Vivo acompañada
De mi soledad,
Pues la voluntad
La tengo prendada;
Y aunque tengo en nada
Tanto padecer,
Por llegarle á ver,
En la prision vivo:
«Plegue á Dios que la, etc.»
Permite mi suerte
Que ausente le lloré,
Y no hay quien ignore
Ser trago muy fuerte;

Mas venga la muerte
Si me ha de olvidar;
Que aunque en el amar
Siempre firme he sido:
«Plegue á Dios que la ausencia
»No cause olvido.»

(Romancero general. — It. MADRIGAL, Segunda parte del Romancero general.)

1834.

(Anónimo.)

Niña de mis ojos,
A quien Dios bendiga,
Por quien deseosa
Mi alma suspira;
Pues que no te veo
Mas há de mil dias,
Y pues no te puedo
Hacer mil visitas,
Hagamos concierto,
Lisena querida,
De que nos hablemos
Siquiera por cifra.
Cuando donde sabes
Sea tu salida,
Y allí te pusieres
Disimuladica,
Antes que las otras
Sea tu venida,
Y toma lugar
Donde seas vista:
Ponte hácia la parte
De la delindina,
Y tosiendo un poco
Muy mesuradica,
Yo responderé,
Deseada mia,
Escupiéndome recio,
Con compuesta risa.
Tú mis ademanes
Y meneos mira;
Yo tambien los tuyos
Miraré, mi vida;
Hablaré callando
Todas mis fatigas,
Diréte por señas
Todas mis desdichas.
Dame tú á entender
Qué es lo que te obliga
A tener tristezas
O melancolia;
Y si en algo gusto
De ambos imaginas
Que te dé contento
Y cause alegría,
Toca con tus manos
Muy blancas y lindas
Tus mejillas tiernas,
Graciosas y limpias;
Y cuando quisieres
Decirme, alma mia,
Que entre tanto gusto
El curso reprima,
Con tu mano blanda
Tendrás bien asida
Junto á los zarcillos
Tu oreja chiquita;
Si lo que hago ó digo
Te contenta, niña,
Ese tu contento
Llegue á mi noticia;
Que si tú tus tocas
Compones y limpias,
Yo tendré entendido
Ser aquesto asina.
Cuando con razon

Tu furor maldiga
A quien ha estorbado
Nuestra dulce ista,
Juntarás las manos
Muy apretaditas,
Rogando que al dueño
Caiga su malicia.
Cuando hubieres de irte,
Tenderás la vista
Hasta donde tope
Con quien glorificas;
Irme he yo acercando
Hácia do caminas,
Toparé contigo,
No te olvides, niña,
Dame algun pellizco
Y mi capa tira,
Y con tu chapin
Mi zapato pisa;
Que yo haré otro tanto
Mezclado en la prisa.
Mas ay, que me muero
Pensando en tu ida!
Y si fuera d'esto
Alguna cosilla
Decirme quisieres
Que no esté aquí escrita,
Conforme á la cosa
La señal aplica,
Porque de tu gloria
Gozando prosiga.

(MADRIGAL, Segunda parte del Romancero general.)

1835.

(Anónimo.)

Niña, cuya vista
Sin cruel batalla
Los cuerpos deshaces
Y afliges las almas;
Pues con amor vences
Y con amor tratas
Sin sentir su fuego
Miraré, mi vida,
Hablaré callando
Todas mis fatigas,
Diréte por señas
Todas mis desdichas.
Dame tú á entender
Qué es lo que te obliga
A tener tristezas
O melancolia;
Y si en algo gusto
De ambos imaginas
Que te dé contento
Y cause alegría,
Toca con tus manos
Muy blancas y lindas
Tus mejillas tiernas,
Graciosas y limpias;
Y cuando quisieres
Decirme, alma mia,
Que entre tanto gusto
El curso reprima,
Con tu mano blanda
Tendrás bien asida
Junto á los zarcillos
Tu oreja chiquita;
Si lo que hago ó digo
Te contenta, niña,
Ese tu contento
Llegue á mi noticia;
Que si tú tus tocas
Compones y limpias,
Yo tendré entendido
Ser aquesto asina.
Cuando con razon

Y fia en palabras,
Pensando burlar,
Se queda burlada.
Música no escuches;
Qu'el que amando canta,
Es como sirena
Que al sosiego mata.
«Tente, no caigas,
»Niña de mil gracias.»
El hijo de Vénus
Me hirió por tu causa:
Fia de mi pena,
Que te desengaña.
Mas vale saber
De la guerra en casa,
Qu'estar en peligro
Por ver lo que pasa.
Sinrazon parece
Amar con instancia,
Y pedir que huyas
De amorosas ansias;
Mas, como te adoro,
Quiero verte ingrata
Antes que no muerta
De celosa rabia.
«Tente, no caigas,
»Niña de mil gracias.»

(MADRIGAL, Segunda parte del Romancero general.)

1836.

(Anónimo.)

Galanes de España,
Que á dificultades
Nacistes sujetos,
Andando en los aires;
Amor hace ferias,
Y al tiempo le place
Qu'en ellas se vendan
Sus quita-pesares.
Barato de joyas,
Cintas y collares
Hace quien las tuvo
Tan costosas ántes.
Comprad, amadores,
Aquestos diamantes,
Finos en deseos,
Altos en quilates.
«A la feria, galanes,
»Que no hay tal Flándes.»
Favores á reyes
Solian negarse:
Un arrastra-piecas
Los balla de balde.
Ya para venderse
Quiéren humanarse,
Pues ya que no vuela,
Vuelven gavilanes.
Las garzas altivas
Dejan alcanzarse
Para dar garzotas
A vuestros plumajes.
Todas adivinan
Que ha de trastornarse
El mundo, y procuran
Hombres que las salven.
«A la feria, galanes,
»Que no hay tal Flándes.»
Juntarse procuran
A quien las ampare;
Como biedras quieren
Al tronco enredarse:
Temen la fortuna,
Que altera las mares,
Que turba del cielo
Los claros celajes:
Temen andar solas